

Había una vez dos niñas que vieron —o creyeron ver— una cosa en el bosque. Las dos eran evacuadas, y las habían enviado en tren lejos de la ciudad junto con un numeroso grupo de otros niños. Todos tenían una etiqueta con su nombre prendida al abrigo con un imperdible, así como un bolso o mochila en la mano y la reglamentaria máscara antigás. Llevaban bufanda de lana y gorro, y muchos tenían guantes de lana sujetos a una larga cinta que les pasaba por detrás del cuello y a lo largo de las mangas, por el interior del abrigo, de manera que los diez dedos de lana colgaban fuera como un par de manos de repuesto, a semejanza de un espantapájaros. Con las piernas desnudas, los zapatos desgastados y los calcetines arrugados, casi todos mostraban rozaduras en las rodillas en distintos grados de cicatrización. Estaban en esa edad en que los niños sufren caídas frecuentes, y tenían las rodillas desprotegidas. Cargados con sus bolsos, algunos de los cuales eran casi demasiado grandes para que pudieran transportarlos, y con los objetos personales que acarreaban —una muñeca, un coche de juguete, una revista de historietas—, parecían un alborotado ejército de enanos avanzando ruidosamente por el andén.

Las dos niñas acababan de conocerse y se habían hecho amigas en el tren. Compartían un trocito de chocolate y mordían por turnos una manzana. Una le cedió a la otra la página interior de su revista de historietas, el *Beano*. Se llamaban Penny y Primrose. Penny era delgada, morena y alta, tal vez algo mayor que Primrose, que era rolliza, rubia y de cabellos rizados. Primrose tenía las uñas

comidas, y un cuello de terciopelo en su elegante abrigo verde. Penny era de una palidez transparente, casi enfermiza, con un toque azulado en los finos labios. Ninguna de las dos sabía adónde se dirigía ni cuánto duraría el viaje. Tampoco sabían por qué se iban, ya que sus respectivas madres no habían encontrado el modo de explicarles el peligro. ¿Cómo se le dice a un hijo «Te envío lejos porque pueden caer bombas enemigas del cielo, porque las calles de la ciudad pueden arder como un incendio forestal de ladrillos y vigas, pero yo me quedo aquí, donde creo que

diariamente correré el peligro de acabar quemada, enterrada viva, ahogada por los gases, y al fin veré quizá un ejército gris invadiendo la ciudad en tanques, o remontando el río en submarinos, con los cañones llameantes»?

Así pues, las madres —que no se parecían en absoluto— actuaron de manera semejante y no explicaron nada, lo cual resultaba más sencillo. Sabían que sus hijas eran pequeñas, incapaces de entender o imaginar aquello.

En el tren, las niñas discutieron sobre si se trataba de una especie de vacaciones o de alguna clase de castigo, o un poco de cada cosa. Penny había leído un libro sobre *boy scouts*, pero los chicos del tren no parecían exploradores, sino un heterogéneo batallón de niños perdidos. Llegaron a la conclusión de que tal vez no eran chicos de muy buena conducta y que por este motivo los habían enviado lejos. Para su gran satisfacción, se definieron como «bien educadas» y decidieron mantenerse juntas. Se sentarían una al lado de la otra, y ese tipo de cosas.

El tren avanzaba lentamente, alejándose más y más de la ciudad y de sus hogares. No era un tren limpio; el tapizado de su compartimiento tenía el olor húmedo de los pantalones sin lavar, y las bocanadas de vapor caliente que pasaban delante de su ventanilla estaban llenas de minúsculas partículas de ceniza, de carbonilla y, de vez en cuando, de chispas encendidas que agujijoneaban la cara y los

14

dedos como agujas calientes si alguien abría la ventana.

Era muy ruidoso también, cada vez que tomaba un poco de velocidad. La locomotora emitía grandes gemidos rugientes, y las invisibles ruedas traqueteaban debajo con un rítmico y monótono tap-tap-tap-CRACH, tap-tap-tap-CRACH. Una capa de vaho y hollín cubría las ventanillas.

El tren se detenía a menudo y, cuando se paraba, usaban los guantes para limpiar un círculo en el cristal y atisbar los campos inundados, las laderas aradas y las modestas estaciones cuyos nombres se habían camuflado cuidadosamente, cuyos andenes estaban desprovistos de vida.

Las niñas ignoraban que la ausencia de nombres tenía como fin desorientar o engañar a un ejército invasor.

Les dio la impresión —no llegaron a reflexionar sobre ello, pero la idea germinó en su interior— de que los habían borrado por su causa, con la intención de que no supieran adónde iban o de que, como Hansel y Gretel, no

podieran encontrar el camino de vuelta. No hablaron de esta inquietud, pero trabaron la clase de conversación que los niños tienen sobre cosas que les desagradan por completo, cosas que los irritan, les disgustan o los atemorizan.

Budín de sémola con su textura granulosa, puré de guisantes, la grasa de la carne asada. Oír el crujido de los escalones y los marcos de las ventanas en la oscuridad o por obra del viento. Tener la cabeza sujeta brutalmente hacia atrás por encima de la palangana mientras te lavan el pelo y el agua fría te corre por dentro de la camiseta. Las pandillas agresivas en el patio de recreo. Sentían la presión de todos los otros chicos desconocidos en todos los otros compartimientos como una pandilla en potencia. Compartieron otro trocito de chocolate, se lamieron los dedos, y observaron un enorme ganso blanco que agitaba las alas a la orilla de un estanque negro como la tinta.

El cielo adquirió un tono gris oscuro, y al fin el tren se detuvo. Los niños descendieron, se pusieron en doble fila, y los condujeron a un autobús del color del lodo.

15

Penny y Primrose consiguieron sentarse juntas, pero estaban encima de la rueda y las dos empezaron a sentirse mareadas cuando el autobús avanzó dando tumbos por sinuosos caminos rurales, bajo el azote de las ramas, oscuras hojas de oscuros brazos de madera contra un cielo oscuro, mientras jirones de tenues nubes se deslizaban sobre la luna llena que de trecho en trecho asomaba entre el follaje.

Los alojaron temporalmente en una gran casa solariega requisada a su propietario, que se iba a acondicionar como hospital para heridos que requirieran una larga convalecencia, y como depósito secreto de obras de arte y otros objetos valiosos. Se les dijo a los niños que el alojamiento sería temporal, hasta que les encontraran familias que los acogieran en su hogar. Penny y Primrose se tomaron de la mano y se dijeron que sería maravilloso si pudieran ir juntas a la misma familia, pues así se tendrían al menos la una a la otra. Pero no comentaron nada de esto a las mujeres de aire fatigado que les daban órdenes, porque, con la sagacidad de los niños pequeños, sabían que su pedido podía ser contraproducente, que a los adultos les gusta decir que no. Imaginaron familias posibles con las que podían enviarlas. No hablaron de lo que imaginaban, ya que esas visiones, al igual que los letreros negros de las

estaciones, las atemorizaban demasiado, y las palabras podían convertir ese horror en algo palpable, como por arte de magia. Penny, que amaba la lectura, imaginaba siniestros defensores victorianos de la severidad, como el señor Brocklehurst de *Jane Eyre* o el señor Murdstone de *David Copperfield*. Primrose, sin saber por qué, imaginaba una mujer gorda con cofia blanca y brazos gruesos y sonrosados, que sonreía amablemente pero obligaba a los niños a llevar delantales de arpillera y a fregar los peldaños de la escalera y el horno.

—Es como si fuéramos huérfanas —le dijo a Penny.

16

—Pero no lo somos —contestó Penny—. Si conseguimos seguir juntas...

La enorme casa tenía una imponente escalinata doble frente a la puerta de entrada, con grifos y unicornios esculpidos en la balaustrada. No había luz, a causa de los cortes de electricidad por razones de defensa. Todos los postigos se mantenían cerrados. No se filtraba ninguna claridad acogedora por el vano de la puerta o de las ventanas. Los niños subieron penosamente la escalera en doble fila, colgaron su abrigo en unos improvisados ganchos marcados con un número de identificación, y recibieron la cena (estofado irlandés y arroz con leche con una cucharada de mermelada rojo sangre) antes de ir a acostarse en largos dormitorios improvisados en los que antaño habían dormido los criados. Tenían camas de campaña (cedidas por el ejército) y burdas mantas grises. Penny y Primrose lograron adjudicarse dos camas adyacentes, pero no pudieron conseguir dos que estuvieran ubicadas en un rincón. Hicieron cola para cepillarse los dientes en un diminuto cuarto de baño, y ambas sufrieron una angustia sofocante (nuevamente, sin hablarlo) al pensar en cómo harían si en mitad de la noche querían hacer pis, ya que el lavabo estaba en el piso inferior, las luces permanecían apagadas y había un largo camino hasta la puerta. También las atemorizaba la idea de que, en medio de la oscuridad, los otros niños empezaran a reír, a correr, a fastidiar, y se convirtieran en una pandilla. Pero nada de eso sucedió. Todos se sentían exhaustos, angustiados y huérfanos. Un silencio incómodo, una corriente de sueño agitado se extendió sobre ellos. Los únicos sonidos —que parecían provenir de todos

los rincones del gran dormitorio— eran sollozos y gemidos ahogados, que brotaban de las caras sepultadas en las almohadas.

Cuando llegó el nuevo día, las cosas parecieron, como de costumbre, mejores y más prometedoras. Les sir-

17
vieron el desayuno en una vasta sala abovedada. Sentados frente a mesas de caballete, comieron copos de avena cocidos en agua con una pizca de la mermelada roja, y bebieron una taza de té cargado. Luego les dijeron que podían salir a jugar hasta la hora de almorzar. En esa época no se vigilaba estrechamente a los niños —procedieran de donde procedieran— y se les permitía ir y venir con total libertad, así que a estos evacuados no se los confinó en ninguna clase de encierro ni campo de refugiados. Les indicaron que tenían que estar de vuelta a las doce y media, y que para entonces los supervisores confiaban en haber solucionado el problema de su futura vida provisional. Era una incógnita cómo se suponía que sabrían que eran las doce y media, pero se daba por descontado que, aunque casi ninguno tenía reloj, estarían al tanto de la hora. Estaban acostumbrados a ello.

Penny y Primrose salieron juntas a la terraza, decentemente vestidas con su abrigo y sus zapatos con cordones.

La terraza les pareció enorme, y ciertamente era muy extensa. Cubierta con una fina capa de grava, tenía aquí y allá unos toques de verde brillante, y zonas invadidas por el musgo. Más allá había una balaustrada de piedra, con una escalera que conducía al parque de abajo. Esa mañana, el césped crecido tenía reflejos plateados. Largos arriates flanqueaban el jardín, llenos de flores anuales marchitas y de húmedas matas de tallos. Un jardinero habría advertido los primeros signos del abandono, pero éstas eran niñas de ciudad y lo que advirtieron fue la ensortijada masa de tallos húmedos y el olor húmedo a plantas.

A lo largo del jardín, que parecía ser mucho más extenso que la extensa terraza, había un seto de tejos podados, erizado de ramitas y brotes que sobresalían desordenadamente. En medio del seto había un portillo y, pasado éste, árboles, un terreno arbolado, un bosque, se dijeron las niñas.

—Vayamos al bosque —propuso Penny, como si fuera lo que tenía que decir.

Primrose vaciló. La mayoría de los otros niños corrían de un lado a otro por la terraza, arrastrando los pies por la grava. Algunos chicos jugaban con una pelota en el césped. El sol salió con todo su esplendor de detrás de una brumosa nube, y los árboles parecieron de súbito brillantes y secretos a la vez.

—De acuerdo —asintió Primrose—. No tenemos por qué alejarnos.

—No. Nunca he estado en un bosque.

—Ni yo tampoco.

—Tenemos que ir a verlo, ahora que podemos

—dijo Penny.

Había una niña muy pequeña —una de las más pequeñas— cuyo nombre, como le decía ella a todo el mundo, era Alys. Con y griega, les decía a los que sabían deletrear y a los que no sabían, entre los cuales seguramente se contaba. Hacía muy poco que había dejado de usar pañales. Era extraordinariamente bonita, sonrosada y blanca, con grandes ojos azules, y ricitos dorados que le cubrían la cabeza y el cuello y dejaban entrever la piel sonrosada. Al parecer, no había nadie que se hiciera cargo de ella, ningún hermano o hermana mayor. Ni siquiera había sido capaz de lavarse las huellas que las lágrimas habían dejado en sus mejillas con hoyuelos.

Alys había hecho varios intentos de juntarse con Penny y Primrose, pero ellas no querían, llenas como estaban de entusiasmo por haberse conocido y por su mutua simpatía. Así pues, les dijo:

—Yo también voy al bosque.

—No, no vas —contestó Primrose.

—Eres demasiado pequeña. Tienes que quedarte aquí —dijo Penny.

—Te perderás —añadió Primrose.

—Vosotras no os perderéis. Iré con vosotras —afirmó la criatura, con una encantadora sonrisa destinada a padres y abuelos amantes.

19

—No queremos que vengas con nosotras, ¿entiendes?

—replicó Primrose.

—Es por tu propio bien —agregó Penny.

Alys siguió sonriendo esperanzadamente, y la sonrisa adquirió visos de máscara.

—No pasará nada —aseguró Alys.

—Corramos —dijo Primrose.

Y corrieron; corrieron escalones abajo y a través del césped, y más allá del portillo, bosque adentro. No miraron atrás. Tenían piernas largas, hacía mucho que habían dejado de ser bebés. Los árboles estaban silenciosos a su alrededor, con las ramas extendidas hacia el sol, respirando sin hacer ruido.

20